

VASECTOMÍA

Ante el grave problema que supone el problema de la superpoblación de la tierra, decidí tomar cartas en el asunto y aportar mi granito de arena. En primer lugar, en un alarde de ingenio, pensé en diezmar a la población a base de guerras o, en su defecto, una buena pandemia. Meditando profundamente el asunto, y revisando unos pocos libros de historia y unos muchos de histeria, llegué a la conclusión de que eso se lleva intentado durante demasiado tiempo... y, por lo que se ve, sin éxito alguno. Somos, finalmente, más de 8.000 millones de imbéciles encantados de conocernos. No hay cama pa tanta gente.

Así que, en un ejercicio de introspección que me costó no pocas neuronas, di en pensar que, ante la imposibilidad física de eliminar a tanto superfluo, lo mejor era no traer más de estos especímenes al mundo. La solución era la esterilización masiva de la raza humana. (A estas alturas mi granito de arena se estaba convirtiendo en la playa de A Lanzada). El problema de tan brillante solución era, ¿a quién esterilizamos? ¿a los imbéciles? ¿a los superfluos? Después de otra profunda meditación (comenzaba a acostumbrarme a este peligroso ejercicio) llegué al inevitable resultado de que ambos, los imbéciles y los superfluos, eran el mismo tipo de espécimen, al que, en otro acto de genialidad rebauticé como *Homo imberfluo*, con lo que toda la humanidad quedaba condenada a desaparecer y, entonces, nada tendría sentido ya que no habría nadie para poder decirle: Ves, ¡te lo dije!

No, la solución habría de ser otra y, además, debía ser ejemplar y seguir el principio máximo de *Pensamiento global, acción local*. La conclusión fue demoledora: habría de empezar por mí mismo. (En este momento la playa de A Lanzada estaba tomando las dimensiones del desierto del Sahara). Pese a todas las inquietudes y temores varios, resolví hacerme una vasectomía. Pedí la cita correspondiente, me llené de valor y acudí al urólogo. Resultó que el urólogo no era urólogo, era uróloga; lo cual, *per se*, no importaba lo más mínimo dado que nunca tuve reparo en enseñarle mis partes a las mujeres, sobre todo a las que querían verlas.

El caso es que allí estaba yo, tumbado en la camilla, en posición de *cubito supino*, con los pantalones y el calzoncillo por los tobillos, y la uróloga haciéndome la correspondiente exploración testicular. Lo que son las cosas, pensaba yo, es la primera mujer que me toca los cojones y nadie está disfrutando... o eso creía yo. Mientras intentaba relajarme y la uróloga continuaba con la exploración, oí como decía: "Ah, que bien, como me gustan a mí".

En ese momento entendí lo que sienten las mujeres cuando, estando esparradas en la revisión ginecológica, el ginecólogo les dice, aún con su nariz a medio palmo de su vulva en plena exploración, “Esto está muy bien”.

Incorporé la cabeza de la camilla ligeramente y, pensando que no había oído bien, acerté a decir: “¿Perdón?”

Ni pestañeó la uróloga, ni le tembló la voz, ni, por suerte, las manos (hubiera sido tremadamente embarazoso para los dos... creo). “Tus testículos, son como me gustan a mí. Siempre que veo unos así pienso que son facilísimos de operar porque son de los que cuelgan”.

De los que cuelgan, ahí es na. La inquietud me abrumó como nunca, las preguntas se sucedían en mi mente de forma atropellada. “¿Estaré haciendo lo correcto?, ¿estará en buenas manos? (esta me hizo sonreír ligeramente)”. Y la más importante de todas “¿tendría que tener unos testículos culeros, de esos como los tienen los felinos?”. Deformación profesional, se le llama a eso.

Pasado el tiempo y reposada la información y la experiencia exploratoria, resolví operarme y librarme al mundo de otros posibles *imberfluos*.

Han pasado ya unos cuantos años y la mejoría no se ve por parte alguna: a nivel general, el mundo está todavía más superpoblado, con un porcentaje más elevado, si cabe, de *imberfluos*; a nivel particular, yo tengo hongos más a menudo por no necesitar preservativo cada vez que copulo.